BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I., Catedral de Zamora

¡SERE SACERDOTE!

¿Conoces su misión y dignidad?
¿Que niños querrían serlo?

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 - 41003 SEVILLA

Con licencia eclesiastica
I.S.B.N. 84-85-155-92-0
Depósito Legal B-1492-1983
Printed in Spain
Impreso en España
Imprime: ARTES GRAFICAS ORELLANA, S.L.
Cervantes, 59
CORIA DEL RIO (Sevilla)

INDICE

¡EL SACERDOTE.! 5
– La vocación sacerdotal. 5
– Institución del sacerdocio. 6
– ¿Quién es el sacerdote? 7
– Dignidad del sacerdote. 8
– Maravilloso poder del sacerdote. 10
– ¿Es necesario el sacerdote?. 12
– Importancia del sacerdote. 13
– ¿Quién puede ser sacerdote? 15
– Tú puedes ser apóstol. 16
– Consignas de Juan Pablo II. 18
– Las dificultades del apostolado. 19
– Fomento de las vocaciones sacerdotales. 21
– Sin seminaristas no habrá sacerdotes. 24
– Jóvenes, fortificad vuestra voluntad. 25
– ¿Para qué sirven los sacerdotes? 27
Apéndice:
– Mensaje de Juan Pablo II a los seminaristas (8 - XI - 1982). 31

¡EL SACERDOTE!

No todos conocen lo grande y sublime que es la dignidad del sacerdote católico. Por eso, al escribir este pequeño libro, quiero dedicarlo a los jóvenes, especialmente a los niños para dársela a conocer, y fomentar de este modo las vocaciones sacerdotales. Tambien debieran leerlo: los padres, maestros-...todos.

La vocación sacerdotal

Muchas carreras, oficios o empleos existen en el mundo, y muchos padres, mirando al porvenir de su hijo, se hacen estas preguntas: ¿Será abogado? ¿será médico? ¿ será catedrático de ciencias...?; más; qué pocos entre las hipótesis posibles ponen la del sacerdocio y ¿por qué así? ¿ por qué médico de los cuerpos y no médico de las almas? ¿por qué abogado entre los hombres y no abogado ante el tribunal de Dios? ¿ por qué ministro de un rey o caudillo y no ministro de Dios?...

El que piensa en el sacerdocio debe pensar que se prepara para un fin alto, la dignidad más subli me cual es ser «otro Cristo» en la tierra, su represen tante...

Hoy no faltan jóvenes burlones del sacerdote y de las cosas santas; pero contra ellos deben levantarse otros jóvenes y niños decididos y valientes para la causa de Dios, los cuales, venciendo todo respeto humano, se esfuercen por ser los mejores estudiantes para llegar a ser un día hombres sabios, verdaderos apóstoles del bien y formadores de las conciencias cristianas.

Institución del sacerdocio

Jesucristo, Dios hecho hombre, que quiso venir a la tierra para salvar a los pecadores, fue el que instituyó el sacerdocio.

A este fin fundó la Iglesia, eligiendo a doce apóstoles y poniendo como Jefe de todos a San Pedro. Después les dió este mandato: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare se salvará, y el que no creyere, se condenará* (Mc.16,15-16).

Los sucesores de los apóstoles son los obispos y los sacerdotes, y el sucesor de San Pedro es el Papa, o sea, el Vicario de Jesucrsto en la tierra. Desde San Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas.

Jesucristo impuso a todos los hombres la obligación de obedecer a sus sacerdotes como a El mismo, pues les dijo: *"El que a vosotros oye, a Mí me oye; y el que os desprecia, a Mí me desprecia"* (Lc.10,16).

¿Quién es el sacerdote?

El sacerdote es un entresacado de los hombres en favor de los mismos hombres, un elegido por Dios para la gran obra de la salvación de las almas.

El sacerdote no viene llovido del cielo; sale de la familia, del pueblo, del hogar...Los sacerdotes actuales, los obispos, los cardenales, el mismo Papa fueron un día niños como los demás que iban al colegio, y tuvieron sus travesuras y faltas como tantos otros, pero andando el tiempo, habiendo seguido la voz de Dios que los llamaba, después de sus estudios un tanto largos y costosos en el Seminario, y, purificados de sus pecados, recibieron por la elección del obispo las Ordenes Sagradas, y se vieron transformados en "otro Cristo"; y por esto mismo el sacerdote es a los ojos de Dios no un hombre cualquiera, sino que revestido de poderes divinos, *queda constituido por encima de los mismos hombres en las cosas que miran a Dios.*

"El sacerdote es el hombre de Dios, el ministro del Señor, el que obra "en persona de Cristo"... es

instrumento válido, cauce del Espiritu Santo... Este don no lo recibe el sacerdote para sí, sino para los demás... y por eso vive para otros. Es el hombre de la comunidad...

El mundo lo necesita, la Iglesia lo necesita... ¿Qué persona no tiene necesidad del anuncio cristiano, de la fe y de la gracia, y de alguien que se les dedique con desinterés y con amor? (Pablo VI).

El sacerdote es "el ángel del Señor" porque es el enviado por Dios a los hombres, y debe ser el hombre de la ciencia..., hombre de estudio y oración y así poder poseer la ciencia y la virtud a fin de comunicársela a los demás.

Dignidad del sacerdote

La dignidad del sacerdote no puede ser mayor. Como tenemos dicho, el sacerdote es "otro Cristo", pues obra, "en persona de Cristo", ya que "cuando el bautiza, Cristo es el que bautiza, y cuando el perdona, Cristo es el que perdona..."

"Aquel que honra al sacerdote, honra a Cristo, y el que ultraja al sacerdote, ultraja a Cristo" (S.J. Crisóstomo).

"El sacerdote ocupa un lugar intermedio entre Dios y el hombre; es menos grande que Dios; pero es más grande que el hombre" (Inocencio III).

"Quien dice sacerdote dice hombre divino. Esta dignidad es angélica o más bien divina" (S. Dionisio).

"El sacerdocio es la más alta y excelsa dignidad, es la cima de todo" (S. Ignacio M.).

"El sacerdote es tan superior a las dignidades de la tierra, como el alma es superior al cuerpo" (S.Clemente R.).

"Nada es igual en la tierra a esta dignidad de los sacerdotes, que son rectores de la grey de Cristo" (S. Ambrosio).

"Grande es la dignidad del sacerdote, y ésta requiere gran santidad de vida, y la exige para bien de los demás" (S. Pio X).

"¡Oh sacerdotes! ¡Dios os ha puesto por encima de los reyes y de los emperadores, y hasta por encima de los ángeles!" (S. Bernardo).

"Si encontrara en un camino a un sacerdote y a un ángel, saludaría primero al sacerdote por la potestad que ha recibido de Dios" (S. Francisco de Asís).

"Grande es la dignidad de los sacerdotes a los cuales es dado lo que no es concedido a los ángeles. Pues sólo los sacerdotes ordenados en la Iglesia tie nen el poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Cristo.

El sacerdote es ministro de Dios, cuyas palabras usa por su mandamiento y ordenación" (Kempis).

"La dignidad de los sacerdotes es grande, pero su ruina tambien es grande si pecan. Alegrémonos por su elevación, pero temblemos por sus culpas" (S. Jerónimo).

"Es preciso que la conducta corresponda a la dignidad" (S. Ambrosio).

"Por la dignidad de sus funciones, Dios considera hechas a sí las ofensas que a los sacerdotes se les hacen. Sus pecados no justifican la irreverencia de los demás. Como el sol, dan luz y calor a las almas, tienen misión de ángeles..."(S. Catalina de Siena).

Oremos por los sacerdotes y procuremos honrarlos, porque el que los honra , honra al mismo Jesucristo.

El sacerdote supera a los fieles *en dignidad*, y por lo mismo debe superarlos *en virtud*.

Maravilloso poder del sacerdote

Para comprender los grandes poderes que tiene el sacerdote hemos de contemplarle en el altar, en el confesionario y en el púlpito o cátedra donde expone la palabra de Dios.

1) **En el altar**. ¡Qué espectáculo tan digno de admiración! Vedle en el momento de la consagración; el sacerdote inclina la cabeza, sus labios pronuncian aquellas palabras: *"Esto es mi cuerpo"*, y con la

rapidez de la luz, Jesucristo desciende de su trono elevado, desaparece la sustancia del pan y viene a las manos santas y puras del sacerdote, su Creador, su Redentor, y su Juez.

Y al pronunciar momentos después aquellas otras palabras : *Esta es mi sangre*, vuelve de nuevo a consumarse místicamente sobre el altar el sacrificio del Calvario.

¿Qué dignidad puede igualar a la del sacerdote católico? ¿Qué hombre hay fuera de él, a cuya palabra baje todo un Dios desde el cielo a la tierra y lo dé en alimento a los fieles y lo coloque en el Sagrario para ser nuestro compañero?...Nadie; esto sólo lo puede hacer el sacerdote.

2) **En el tribunal de la penitencia.** Veamos que soló a los sacerdotes les ha dicho Jesucristo: "*A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a los que se los retuviereis les serán retenidos*" (Jn. 20, 23).

Sólo el sacerdote puede quitar las manchas que ha dejado el pecado en nuestras almas; sólo él puede perdonar nuestros crímenes y devolvernos la hermosa vestidura de la gracia. ¡Qué poder más grande es éste! Admirados un día los judios de este poder, dijeron: "*Quién puede perdonar pecados sino Dios*?" (Mc. 2,7). Luego el sacerdote en la Nueva Ley al perdonar los pecados es otro Dios, su representante con autoridad y poderes absolutos.

3) En el **púlpito**. Conforme al mandato de Cristo: "*Id, predicad el Evangelio a toda criatura...,*" el

sacerdote está revestido también del poder de anunciar a su pueblo la *palabra de Dios*, explicar y hacer gustar el santo Evangelio y su rigor austero, predicar todas las virtudes, estigmatizar todos los vicios, consolar, ilustrar, perfeccionar y dirigir a millares de almas por el camino del cielo. ¿Qué poder no es éste?

Y cuando la eficacia de la divina palabra convierta a miles de pecadores, al hacerles ver que la misericordia de Dios es mayor que sus pecados, ¿A quién representa sino a Dios? Grande ciertamente es la dignidad del sacerdote. (Ab. Dubois)

¿Es necesario el sacerdote?

Un día los católicos franceses, alarmados tambien por la escasez del clero, pusieron en circulación una hermosa hoja, que es como un llamamiento de la Iglesia, y decía así:

"Yo soy la Iglesia de Jesucristo y todas las almas bautizadas me llaman su Madre.

Yo amo las almas de los niños, veo con amor lo que la gracia hace en ellos. Pero veo que a la medida que crecen pierden un poco su candor, su sencillez, su inocencia. Es preciso una voz para guiarlas: *el sacerdote*; una voz que las enseñe a ir a Dios: *el sacerdote*; una fuerza para sostener su voluntad y un afecto divino para amarle: *el sacerdote*.

¡Y faltan sacerdotes!

¡Oh vosotros a quienes vuestra Madre ama tanto, ayudadla para hacer sacerdotes; socorred esas casas que se llaman Seminarios, donde en la paz y el amor de Dios se forman los corazones de sus enviados!

¡Si supierais lo que es el sacerdote! Sin él, dice el santo Cura de Ars, no tendríamos a Jesucristo en medio de nosotros.

¿Quién lo ha puesto en el Sagrario? *El sacerdote*. ¿Quién ha recibido vuestra alma al entrar en la vida? *El sacerdote*. ¿Quién la alienta y da fuerzas para su peregrinación? *El sacerdote*. ¿Quién le prepara para comparecer delante de Dios, purificándola y dándole por última vez el cuerpo de Cristo? *El sacerdote*, siempre el sacerdote.

Y si vuestra alma llegara a morir por el pecado, ¿Quién la resucitará, quién la dará la calma y la paz? *El sacerdote*.

¡Oh, fomentar, pues, las vocaciones sacerdotales, dad para hacer un sacerdote, dad de buena voluntad!"

Importancia del sacerdote

El santo Cura de Ars manifestó bien claro su necesidad con esta expresión: " Dejad veinte años a un pueblo sin sacerdote, y en ese pueblo se adorara a las bestias".

El sacerdote es el que "en medio de los errores...

y de la corrupción espantosa de la malicia humana, se yergue, como el faro que con sus luces durante la noche dirige el curso de los barcos...El es el que nos enseña el camino recto que debemos seguir, esto es el camino de la virtud y del bien

El sacerdote es el ministro de Cristo, el público y oficial intercesor de la humanidad para con Dios, y quien ha recibido el encargo y el mandato de ofrecer a Dios, en nombre de la Iglesia, no sólo el real y verdadero sacrificio del altar, sino también el "*sacrificio de la alabanza*" con la plegaria pública y oficial. (Pio XI)

De la importancia del sacerdote en la sociedad nos hablan los reiterados ataques que los enemigos de la Iglesia lanzan contra él para arrancarlo de ella si fuera posible

¿Por qué combaten hoy muchos al sacerdote católico y le odian? Sencillamente, por que molesta a los que obran mal,recordándoles que hay *un Dios, un infierno, un cielo, una eternidad.*

"Todos los pillos, dice Monseñor de Ségur, todos los borrachos, todos los ladrones, todos los malos sujetos, son enemigos de los curas. El hecho es cierto.

Por otro lado, la gente buena, los hombres de bien, las personas honradas, estimables, delicadas, todas miran con simpatía al sacerdote. Hay que concluir, entonces, que se anda con muy malas compañias cuando se combate a los sacerdotes".

¿Quién puede ser sacerdote?

Es evidente que son necesarios los sacerdotes; pero dirá alguno: ¿Quién puede ser sacerdote? ¿ Podré serlo yo? No hay duda que podrás serlo. He aquí una norma general: Todo aquel que se sienta movido a consagrarse al servicio de Dios y de la salvación de las almas, el que a este fin cuente con dotes físicas, intelectuales y morales, ese puede ser sacerdote, y ser considerado como llamado por Dios al sublime ministerio sacerdotal.

Pero yo he pecado mucho, y ¿esto no me impedirá serlo? No, no te impedirán tus pecados el acceso al sacerdocio con tal que empieces a detestarlos.

Voy a transcribirte una página de un libro que titulo; "*Pedro, primer Papa*":

Juan Pablo II se dirige con frecuencia en sus discursos a los jóvenes y les invita a pensar en el sacerdocio. El confia en vosotros, porque sois la esperanza del mañana.

Tal vez algunos de los que leéis estas páginas vayaís por caminos torcidos , pero podeis rectificar, salir del pecado e ir por la senda del bien e incluso ser sacerdotes apóstoles de vuesros hermanos los hombres, como lo hicieron un día Agustín de Hipona y Pablo de Tarso, que en su juventud, el uno se dejó arrastrar por las pasiones y el otro fue blasfemo y perseguidor de la Iglesia, pero se volvieron a

Dios y fueron grandes santos y apóstoles del bien.

En los Seminarios no entran los santos, se entra para serlo.

Hay defectos, vicios quizá y malas inclinaciones, y es preciso irlas corrigiendo, y aquel que se deje moldear y no oponga resistencia tenaz a la reforma de sus defectos, será apto y digno para el sacerdocio.

Pensad en el sacerdocio. Grande es, como tenemos dicho, la dignidad sacerdotal, pues "nada hay en la tierra que la pueda igualar" (S. Ambrosio).

¿Que te impide a ti abrazar el sacerdocio? A muchos les cuesta vencer las pasiones o abrazarse al celibato, a una vida de vencimiento, pero lo lograrás, si antepones el amor a Dios a todos los amores terrenos, si te esfuerzas con la gracia de Dios, recepción frecuente de sacramentos e imploras la protección de la Virgen Inmaculada, y llevas vida de oración y vigilancia de sentidos.

Tú puedes ser apóstol

Jesucristo dice: "Id, predicad el Evangelio..., enseñad a todas las gentes...". La Iglesia tiene necesidad de sacerdotes para cumplir su misión y tu puedes ser uno de ellos. En medio de tantas medianías y almas vulgares, se necesitan jóvenes de voluntad y de una entrega decidida al servicio de Dios.

El mundo camina a la ruina... Masas inmensas de

hombres caminan por el mundo sin rumbo, sin fe, sin saber de donde vienen ni a donde van... Hay muchos jóvenes llenos de dudas, de incertidumbres, de desilusiones, de fracasos... Muchos van desviados, camino del vicio, del crimen... y de la cárcel.

¡Cuántos hombres viciosos, hijos pródigos, hastiados de la vida, sin esperanzas...! Hay que apuntarles un norte, un camino, un sendero... ¡Dura tarea hacerles ver algo más! Hasta que brille en ellos la esperanza de recordar al *Padre común* que un día abandonaron y que siguen esperando, hasta que puedan reflexionar sobre el día de su suprema felicidad...

¿Quién podrá salvarlos? ¿Quiénes pueden ser los libertadores de este mundo? Uno de ellos puedes llegar a ser tú... Los verdaderos libertadores no pueden ser otros que los que están exentos de las lacras de este mundo..., los que están libres del mal y no son esclavos de las pasiones... ¿Quiénes son estos héroes? Los sacerdotes, especialmente "Los sacerdotes santos", y cuantos a ellos se asemejan...

Hoy también suena la voz de Cristo, como en el lago de Tiberiades, dirigida a Pedro y a sus compañeros: *Venid en pos de Mi y os haré pescadores de hombres...* Si tu oyes esta voz en el fondo de tu alma, no endurezcas el corazón en la maldad...

Oigamos todos la voz de Cristo a través de su Vicario en la tierra, hoy Juan Pablo II, y oremos por él.

Consignas de Juan Pablo II

La parábola de la mies y de los obreros tiene para nosotros el sentido de que faltan obreros en la viña de Dios: sacerdotes y laicos celosos, llenos de espíritu de apostolado.

Juan Pablo II en la Jornada Mundial de la oración por las vocaciones (6-5-1979) nos da estas consignas:

Orar, llamar, responder

1° **Orar**, porque Cristo nos ha mandado hacerlo: *"Orad, pues, al Señor de la mies para que envie obreros a su mies, la mies es mucha, los obreros pocos..."*

(La eficacia de nuestras oraciones, aun apoyada en la divina promesa, exige, claro está, de nuestra parte algunas disposiciones que son como las condiciones de la oración: *atención, humildad, confianza y perseverancia.*

Puestas estas condiciones, oremos. Dios quiere hacerse rogar como vemos. El que no ha necesitado de nosotros para crearnos, ha dispuesto, como nota San Agustín, que cooperemos de nuestra parte para merecer en cierto modo nuestra salvación).

2° **Llamar**, esto es, atender a sus palabras de *llamada*. Jesús nos dice: *"Venid en pos de Mi y os haré pescadores de hombres"* (Mt. 4,19). *"Ven, sígueme"* (Mt. 19,21)... y así como llamó un día a sus apóstoles, sigue llamando hoy, y hace falta escuchar estas llamadas...

3° **Responder**. Debemos responder como lo hicieron Pedro y Andrés: *"Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron"* (Mt. 4,20), y Leví: *"dejándolo todo, se levantó y le siguió"* (Lc. 5,28)... La respuesta de Saulo: *"¿Qué he de hacer, Señor?"* (Hech. 22,10)...

Jóvenes, dice el Papa: "Si Cristo os llama al sacerdocio, es porque El quiere ejercer su sacerdocio por medio de vuestra consagración y misión sacerdotal. Quiere hablar a los hombres de hoy con vuestra voz. Consagrar la Eucaristía y perdonar los pecados a través de vosotros..., salvar con vuestra fatiga."

¡Joven! Piensa en las palabras dichas por el Papa. ¿Sientes algún atractivo para ser apóstol del bien? Entonces ¡adelante!, no te detengas, resuélvete, vence todo respeto humano, sal de tu apocamiento, lánzate, aunque sea con algún sacrificio de tu voluntad, a "la obra más divina entre las divinas: la salvación de las almas."

Parvuli petierunt panem... (Lam. 4) ¡Cuántos están pidiendo, especialmente el pan del alma, la palabra de Dios, la frecuencia de los santos sacramentos... y ¡qué desconsuelo!, no hay quien los pueda atender!

¡Joven! Medita: *"La mies es mucha, los obreros pocos..."* No seas cobarde, decídete a ser apóstol.

Las dificultades del apostolado

Las dificultades del apostolado están previstas, y

no deben ser obstáculo para los candidatos al sacerdocio, pues éste no es de cobardes, sino de hombres valientes y decididos.

El sacerdote, como tenemos dicho, es "otro Cristo", representante suyo en la tierra, y debe estar preparado a imitarle en los sufrimientos por la defensa de los ideales cristianos; mas creyendo que El es Dios, no hay porque temer.

Ten presente estas palabras del mismo Jesucristo:

A mi me han perseguido y a vosotros os perseguirán (Jn. 15,20)

Os envio a predicar como corderos en medio de lobos (Lc. 10,3)

Seréis blanco de odio a causa de mi nombre (Mt. 10, 16).

Este es el premio que Dios reserva en esta vida a sus apóstoles: sufrir por su nombre. Así vemos que fue anunciado a San Pablo, por Ananías, una vez que se convirtió:

"Ese mismo es un instrumento elegido por mi para llevar mi nombre y anunciarlo delante de todas las naciones y de los reyes y de los hijos de Israel. Y le haré ver *cuántos trabajos tendrá que padecer por mi nombre*" (Hech. 9,15) .

Considerando que estas son palabras de Cristo, no debe arredrarnos nada, y tener presente que El nos dice: *"No temáis a los que pueden matar el cuerpo, que el alma no pueden matarla..."* (Mt. 10,28)

Hemos de confiar en que esos padecimientos han

de tener para nosotros una gran recompensa en el cielo:

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos seréis cuando os insulten y persigan y contra vosotros digan con mentira todo género de mal por Mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa (Mt. 5,10-12).

Aún más, en esta vida nos consideraremos felices. El apóstol San Pedro nos lo dice así: *"Habéis de alegraros en la medida en que participéis de los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo. Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu de la Gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa en vosotros"* (1 Ped. 4,13-14)

Lo que interesa es que seamos fieles en nuestro ministerio, como nos aconseja San Pablo, y Dios *nos dará la corona de la vida.*

Nuestra misión es trabajar con rectitud de intención, sin preocuparnos del lucro material, sino del bien de las almas, y no nos preocupemos tampoco de si es poco o mucho el fruto de nuestro trabajo, pues *"ni el que planta ni el que riega es algo: sino Dios que es el que hace crecer y fructificar... Cada uno recibirá su propio salario a medida de su trabajo"* (Corc. 3, 7-8).

Fomento de las vocaciones sacerdotales

El Concilio Vaticano II nos dice que el deber de

fomentar estas vocaciones pertenece a toda la comunidad cristiana: parroquias, maestros, educadores de los niños, todos los sacerdotes (los que debieran preocuparse de buscar cada uno su sucesor) y ante todo las familias cristianas, que viviendo en un espíritu o ambiente de fe, de caridad y de piedad vienen a constituir "el primer seminario" (OT. 2).

Si las familias cristianas supieran hacer honor a la fe que profesan, icuántos de sus hijos se abrazarían el estado sacerdotal! Entonces no les preocuparía, ni por ello disuadirían a los hijos, la pobreza del día de mañana, la falta de comodidades, la aversión que los mundanos puedan tener hacia el sacerdocio u otra cualquiera causa humana, y más cuando la fe nos enseña que no hay dignidad más grande ni comparable en la tierra con la dignidad sacerdotal.

Juan Pablo II en su homilía al ordenar 15 sacerdotes en Nagasaki (22-2-1981) dijo: "La familia cristiana es también, en grado supremo, algo vital para las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa...

Estan abiertos a las vocaciones que surjan entre vosotros. Orad para que, como señal de su amor especial, el Señor se digne llamar a uno o más miembros de vuestras familias a servirle. Vivid vuestra fe con una alegría y un fervor que sean capaces de alentar dichas vocaciones.

Sed generosos cuando vuestro hijo o vuestra hija, vuestro hermano o vuestra hermana decida seguir a Cristo por este camino especial. Dejad que su vocación vaya creciendo y fortaleciéndose. Prestad todo

vuestro apoyo a una elección hecha con libertad."

Y el Papa Pío XI en su Encíclica "Ad Cath. Sacerdotii" dice: "Si los cónyuges cristianos mirasen las cosas a la luz de la fe, ¿qué más alta dignidad podrían considerar para sus hijos que el ministerio más noble de aquellos que, como hemos dicho, es digno de la veneración de los hombres y de los ángeles.

Una larga y dolorosa experiencia enseña que una vocación traicionada (no se crea demasiado severa la palabra) es fuente de lágrimas no sólo para sus hijos, sino también para los padres; y Dios no quiera que tales lágrimas sean demasiado tardías y lleguen a ser lágrimas eternas."

Esto me recuerda lo que Don Bosco decía a una señora:

–¿Qué piensa hacer Vd. de su primogénito?

–Será diplomático como su padre.

–¿Y el segundo? Está en la Academia; llegará a General según espero.

–Y ¿éste? –añadió señalando al más pequeño–, ¿quiere usted que le demos a Dios? ¿que le hagamos sacerdote?

–¿Sacerdote?, dijo ella inmutada y respirando desprecio. ¿Sacerdote? ¡Jamás! Prefiero que muera...

A los pocos días esta señora llamaba desolada a Don Bosco, para que viniese a dar su bendición a su hijo, que se moría. Y en el lecho de la agonía desfallecía un niño que, al ver a Don Bosco, dijo a su madre:

–Mamá, ya sé porque me muero. Acuérdese de lo

que dijo a Don Bosco. Usted no me quiso dar a Dios, y Dios me lleva para sí.

¡Padres de familia! no queráis guardar y sujetar a vuestros hijos para el mundo, cuando quieran ir a Dios.

Sin seminaristas no habrá sacerdotes

El problema de las vocaciones sacerdotales es de vital importancia para la Iglesia y de trascendencia suma para la sociedad.

Hay pueblos que claman por tener su sacerdote; pero si no nos preocupamos porque haya seminaristas, ¿cómo podremos tener el día de mañana sacerdotes para cubrir las bajas existentes?

Los que sean verdaderos católicos no deben mirar con indiferencia este problema de las vocaciones, pues ¿acaso no es triste que en un pueblo muera un párroco y no haya un sacerdote que en el mismo cargo prosiga su labor?

No se nos debe ocultar que hay ya Seminarios vacíos y por otra parte sabemos que ha habido bastantes defecciones... Las perspectivas del mundo son malas: mal ambiente, el materialismo y el egoismo de la vida, incomprensiones de los padres, los caminos torcidos de la juventud...

La actual crisis de las vocaciones, ha dicho el Papa, tiene su raíz en la crisis de fe que hoy padece el mundo, y no debemos permanecer indiferentes.

Hoy aún se vanaglorían muchos de tener bellos templos, ornamentales y cálices preciosos; pero ¿para qué los vais a querer, si pronto no vais a tener quien los use?

Es necesario crear condiciones favorables para que los jóvenes se sientan atraidos a la llamada de Dios.:.

Jóvenes, fortificad vuestra voluntad

A los jóvenes que sientan la llamada de Dios y a los ya seminaristas, os diré con el Papa que es necesario que os preparéis con todo empeño para la misión que Dios os llama.

Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y de los pueblos, porque esperan de vosotros los medios de la salvación eterna.

El llamado al sacerdocio debe ser *"ejemplar de los fieles en el hablar, en el trato, la caridad, en la fe, en la castidad"* (1 Tim. 4,12)

El sacerdote, dice S. Juan Crisóstomo, debe ser espejo en el que se miren los fieles. Es, pues, necesario que si os decidís a ser sacerdotes, os determinéis a ser modelo y ejemplares de todos, y sino dejar ese camino.

El sacerdote debe ser ante todo hombre de carácter, hombre de una voluntad firme que sabe decir "no" a todo lo que es pecado.

Agustín era un joven que vivió varios años en pecado y cayó en impurezas, y sintiendo que las pasio-

nes le tenían como atado, al ver tantas almas puras, le parecía oir una voz que le decía: *"¿No podrás tu lo que éstos y éstas?..."*; más las pasiones, las que quería dejar, le gritaban: *"¿Piensas tu que podrás vivir sin nosotras?..."*

Mientras tanto él vivía triste y apenado; los placeres impuros le dejaban vacío el corazón y quería salir de aquel estado y de tanta miseria y daba voces lastimeras: "¿Hasta cuándo? *¿Hasta cuándo diré: mañana, mañana? ¿Por qué no ahora?* ¿Por qué no pone esta hora fin a mis torpezas?" y llorando con amarguísima contrición de corazón, le parecía oir una voz misteriosa como la de un niño que le repetía: "Toma y lee...", y cayó en sus manos la Biblia, la abrió y leyó: *"No en comilonas, no en embriagueces, ni en deshonestidades..., sino vestios de N. S. Jesucristo"* (Rom. 13,13).

No quiso continuar leyendo, ni fue menester, como él dijo..., reconoció que Dios y sólo Dios era el centro de la felicidad, y exclamó: "Nos hiciste, Señor, para Ti, inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti"

El Agustín pecador, se convirtió a Dios, oyó en el fondo de su corazón su voz y rompió definitivamente con el pecado, y el milagro de su transformación se realizó mediante la gracia y la misericordia infinita del Señor, y fue luego santo sacerdote y gran obispo y doctor de la Iglesia.

Muchos como San Agustín han pasado de pecadores a santos. Tú también puedes cambiar de vida.

Si las pasiones te quieren arrastrar al mal, frecuenta los sacramentos, y toma una "determinada determinación" de levantarte del pecado de una vez para siempre apoyado en la gracia de Dios como un San Pablo que dijo: *"No yo, sino la gracia de Dios conmigo"*, pues el que estriba en sus propias fuerzas y no pide ayuda de lo alto, tarde o temprano viene a caer.

La voluntad es la raíz de la vida moral, la puerta del pecado y del asiento de la responsabilidad. Frente al deber ante el ideal de la virtud y de la santidad es preciso saber decir: *Quiero*. Y además de los medios que indiqué para conservarte casto, uno de los principales es *el trabajo*, estar siempre ocupado en algo, jamás ocioso para no dar oidos al tentador. Estas a tiempo para tomar decisiones.

Aprecia mucho la virtud de la pureza, porque ella comunica paz y alegría al alma, mientras que la impureza acarrea la pérdida de la paz y de la felicidad y envilece el amor. Además, porque el vencimiento de los pecados torpes proporciona salud corporal, mientras que la caida en ella acarrea la ruina de la salud espiritual y corporal.

La pérdida de la pureza trae la pérdida de la fe y el olvido de Dios... y la impenitencia final.

¿Para qué sirven los sacerdotes?

Los hombres impíos suelen hacer, y hasta con cierto desprecio, esta pregunta; pero les diremos: Hombres insensatos o malvados, ¿no son acaso nece-

sarios para librar a la sociedad de los errores que vosotros esparcís con vuestra pestilente propaganda? ¿No son acaso necesarios para que vosotros mismos podáis disfrutar en paz de vuestros bienes?...

Cuando el sacerdote deje de estar presente para predicar la verdad, para proclamar los mandamientos de Dios, para conferir la gracia, entonces será el triunfo de la anarquía.

Esto bien lo saben los enemigos del orden, y por eso combaten al sacerdote y quieren suprimir su influencia.

El sacerdote es el hombre más necesario, el más indispensable: es más necesario que los jueces, los generales del ejército, los diputados, los senadores, etc.

El individuo puede vivir sin ellos; pero las sociedades no pueden vivir sin religión, ni la religión sin sacerdotes.

Mons. de Segur, en su opúsculo: "Los enemigos de los curas", refuta las objeciones levantadas contra los sacerdotes.

"Hay en cada parroquia un hombre que no tiene familia, pero que es de la familia de todos;

–al que se llama como testigo o como consejero en todos los actos solemnes de la vida;

–sin el cual no se puede nacer ni morir;

–que toma al hombre en el seno de la madre y no lo deja sino en la tumba;

–que bendice o consagra la cuna, el tálano nupcial, el lecho de muerte y el ataúd;

–un hombre a quien los niños se acostumbran a amar, venerar y temer;

–a quien los mismos desconocidos llaman padre;

–a cuyos pies el cristiano hace las confesiones más íntimas y derrama las lágrimas más secretas;

–un hombre que, por su estado, es el consolador de todas las penas del alma y del cuerpo;

–el intermediario obligado entre la riqueza y la indigencia;

–que ve al pobre y al rico entrar alternativamente por su puerta: al rico para entregar la limosna secreta, al pobre para recibirla sin ruborizarse;

–que, no siendo de niguna categoría social, pertenece igualmente a todas las clases inferiores por su vida pobre y, a veces, por la humildad de su nacimiento; a las clases elevadas por la educación, a la ciencia y la nobleza de los sentimientos que la religión inspira e impone;

–un hombre, en fin, que lo sabe todo, que tiene el derecho de decirlo todo, y cuya palabra cae de lo alto sobre las inteligencias y sobre los corazones, con la autoridad de una misión divina y el imperio de una fe absoluta.

Este hombre es el cura" (Lamartine)

Un ejemplo: Respuesta a la pregunta: "¿Para que sirven los curas?"

Un señor y un obrero suben al tren en Burdeos. En una estación de las Landas ven a un sacerdote esperando en el andén. "¿Para qué sirve "eso?", dice el señor al obrero, señalando despectivamente al cura.

El obrero calla. Cuando de nuevo echa a andar el tren, el obrero dice al señor: "Caballero, estamos so-

los; no grite usted porque es inútil. ¿Qué haría usted si yo quisiera robarle y estrangularle?"

Lleno de miedo, aunque aparentando serenidad, le contestó el señor: "¿Qué sacaría usted con eso? No llevo nada". "¡Mentira! En esa maleta lleva usted 30.000 francos que ha cobrado del banquero N.". "Pero haría usted muy mal, si tal hiciera: cometería un hurto y un asesinato."

"¡Hurto! ¡Asesinato! ¿Qué significa eso si no cree usted en Dios? ¡Palabras vacías! Yo miraría mi conveniencia y si pensase como usted, sería un tonto en no aprovechar la ocasión. Pero no tenga usted miedo; yo he sido educado por curas, que me han enseñado el Catecismo; es decir, el amor a Dios y al prójimo. ¡Para eso sirven los curas!."

Respetemos a los sacerdotes

Todos debemos de honrar y respetar a los sacerdotes. Ellos son los ministros de Dios sobre la tierra; ellos tienen la alta misión de mantener el culto divino y de conducir nuestras almas por el camino de la felicidad eterna; ellos, en nombre de Dios nos hablan y exhortan y llevan consuelo a nuestras almas. Ellos, sal de la tierra y luz del mundo nos dan estos dos grandes bienes: la verdad y la gracia.

El respeto al sacerdote es una manifestación de nuestro respeto a Dios mismo, señal inequívoca de una buena educación moral y religiosa.

MENSAJE DE JUAN PABLO II A LOS SEMINARISTAS
(En Valencia el 8 - XI - 1982)

Sois la esperanza del porvenir de la Iglesia

1. Queridos hijos que os preparáis al sacerdocio:

...A vosotros os toca vivir un momento especial e irrepetible de la vida de la Iglesia. ¿Os dáis cuenta de la gracia que el Señor os ha concedido ya? Ha hecho resonar en vosotros la llamada para dejarlo todo y seguirle (Mt. 4, 19-20); para estar con El y ser enviados a predicar (Mc. 3, 14); a la espera de comunicaros su Espíritu con la imposición de las manos, que hará de vosotros sus sacerdotes, su signo especial en un mundo que necesita ver huellas claras del Evangelio.

De modo especial sois para los obispos de esta querida tierra y para las comunidades eclesiales que ellos presiden la esperanza del porvenir de la Iglesia en España. El Papa comparte esa esperanza, os manifiesta su confianza y afecto y reza por vosotros a diario.

Preparación para el sacerdocio

2. Son muchos los santos..., que han sentido en el corazón la llamada a colaborar en la formación integral de los sacerdotes o futuros sacerdotes... Santa

Teresa de Jesús quiso dar a la renovación del Carmelo esta dimensión también, aportando la oración y el sacrificio, especialmente para la santificación de los sacerdotes...

San Juan de Avila, gran promotor de seminarios en su tiempo y patrono del clero secular español, afirmaba: "Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de promover que haya educación" (*Memorial* 1.°, 10)

Esta tarea de preparación es la que ahora os ocupa, con la solícita ayuda de vuestros obispos, superiores y formadores. Se trata de un camino que requiere tiempo y una larga maduración, *para transformarse en hombres nuevos,* que sepan responder a las exigencias de una nueva etapa de evangelización.

No voy a recordar ahora todos los aspectos de esta preparación... (El derecho *Optatam totius* y los diversos documentos que le han seguido, trazan las líneas a las que debe ajustarse la formación sacerdotal).

Sed fieles en vuestro ministerio

3. Me limitaré a recordar que os preparáis para ser "ministros de Cristo y administradores de los ministerios de Dios" (1 cor. 4, 1). Y es bien sabido que en los administradores lo primero que "se busca es que sean fieles". ¡Sedlo vosotros de veras y con todo el corazón!

La fidelidad tiene un carácter dialogal, interpersonal, esponsalicio y comprometido. Significa una mu-

tua donación, una amistad profunda, una confianza plena, un compromiso permanente.

Para entender lo que significa ser fieles, hemos de mirar a Cristo, el Hijo de Dios hecho nuestro hermano, que afirma: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Jn. 5,30).

Hemos de dirigir nuestra mirada a Jesús, "a quien el Padre consagró y envió al mundo" (Jn. 5,30) como "Buen Pastor que da la vida por sus ovejas" (Jn. 10,35), como Redentor que "aprendió de sus padecimientos la obediencia" (Heb. 5,8).

4. La fidelidad no es, pues, una actitud estática, sino un seguimiento amoroso, que se concreta en donación personal a Cristo, para prolongarlo en su Iglesia y en el mundo.

Vuestra entrega debe ir marcada por un compromiso total. El "sí" del sacerdote se da de una vez por todas, aunque se renueva todos los días, y tiene su modelo en el "sí" pronunciado por Cristo mismo (2 Cor. 1,18-19; Heb. 10,7). El seminario debe ser escuela de esta fidelidad.

Os pido que meditéis conmigo estos tres aspectos que ya he mencionado: *fidelidad a Cristo, a la Iglesia y a la propia vocación y misión.*

Fidelidad, en primer lugar, a Cristo

5. Su llamada es una declaración de amor. Vues-

tra respuesta es entrega, amistad, amor manifestado en la donación de la propia vida, como seguimiento definitivo y como participación permanente en su misión y en su consagración. Ser fiel a Cristo es proclamarlo como Señor resucitado presente en la Iglesia y en el mundo, centro de la creación y de la historia, razón de ser de nuestra propia existencia.

6. *Ser fiel a Cristo* es amarlo con toda el alma y con todo el corazón, de forma que ese amor sea la norma y el motor de nuestras acciones. Esta fidelidad a Cristo reclama, por tanto, que seamos hombres de una caridad pastoral aprendida en la oración o diálogo con el Señor. Entonces aceptaremos vivencialmente su persona, su doctrina, su acción santificadora y su misión.

¿Dónde aprender, pues, la fidelidad a Cristo?

7. *En la oración*, especialmente litúrgica donde se aprende el misterio de la fidelidad de Cristo y a Cristo. Por eso, *en el seminario se ha de cultivar,* ante todo, la amistad con Cristo, centrada en la Eucaristía y alimentada en la contemplación y el estudio de la palabra de Dios.

No se puede ejercer bien el ministerio, si no se vive *en unión con Cristo.* Sin El no podemos nada (Jn. 15,5). Al trabajar por El (*per ipsum*), es preciso hacerlo con El (*cum ipso*); más aún, en El (*et in ipso*). La unión y amistad con Cristo será la clave del equi-

librio necesario entre la vida interior y la acción apostólica (PO. 13).

8. La Iglesia espera hallar en los sacerdotes personas espirituales, es decir, que con su vida y conducta testimonien, de modo creible y convincente, la presencia de Dios y de los valores del espíritu en nuestra sociedad; que en gran parte se caracteriza por el materialismo teórico y práctico, pero también por una inextinguible sed de Dios y de valores espirituales.

Esto ha de vivirse ya desde los años del Seminario. Se necesitan testigos de la experiencia de Dios.

Para ser verdaderos sacerdotes

9. Lo que hace unos meses decía a un grupo de seminaristas croatas, digo a vosotros:

"*Vivid desde ahora plenamente la Eucaristía*; sed personas para quienes el centro y culmen de toda la vida es la santa misa, la comunión y la adoración eucarística. Sin una profunda fe y amor por la Eucaristía no se puede ser verdadero sacerdote...

Ofreced a Cristo vuestro corazón joven en la meditación y en la oración personal. La oración es el fundamento de la vida espiritual... Orad con alegría y plena convicción, no sólo por deber y costumbre. Que vuestra oración sea la expresión concreta de vuestro amor a Cristo. Esforzaos en llegar a ser buenos maestros de oración, para que mañana podáis

guiar dignamente a las comunidades cristianas en el servicio divino" (17 - 4 - 1982).

Renuncia y mortificación

10. La fidelidad de Cristo a los designios salvíficos del Padre en bien de toda la humanidad alcanza en la cruz su máxima y culminante expresión. De ahí que para llegar a ser testigo personal del Buen Pastor sea imprescindible *la renuncia y la mortificación.* Sin una saludable ascética y disponibilidad de servicio, profundamente enraizada en vuestros corazones, ya desde los años de preparación no llegaréis a ser transparencia de Cristo ni buenos sacerdotes.

El hábito del olvido de sí es condición indispensable para amar de veras y preocuparse sólo por los intereses de Cristo. Este esfuerzo por renunciar al hombre viejo, de que habla el apóstol, os convertirá en "el máximo testimonio de amor" (PO. 11).

No faltarán pruebas

11. En vuestra futura vida sacerdotal encontraréis momentos difíciles, contradicciones y soledad. "*No es el discípulo más que el maestro*", nos advirtió el Señor (Mt. 10,24). Son ocasiones privilegiadas para creer en el amor, en la donación a los demás y para transformar la soledad sensible en una soledad llena de Dios.

No olviéis, además, que fue desde la cruz desde donde Jesús entregó como Madre al discípulo amado su propia Madre, y en él, especialmente a todos los futuros sacerdotes y apóstoles.

No podréis llegar a ser verdaderos sacerdotes según el Corazón de Jesús si no tomáis como Madre a María, que precisamente al pie de la cruz corrobora definitivamente su fidelidad virginal y materna.

Fidelidad, en segundo lugar, a la Iglesia

12. "Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella" (Ef. 5,25). Toda vuestra formación debe estar impregnada del "misterio de la Iglesia" (OT. 9). En la Iglesia habéis nacido como cristianos; ella os ha seguido después al despuntar vuestra vocación sacerdotal y os prepara amorosamente al sacramento del orden. Todo eso os invita a ser fieles a la Iglesia, penetrando y amando su "misterio".

13. La Iglesia no es en realidad meramente humana, sino el pueblo de Dios, el cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu Santo, el "sacramento" universal de salvación" (AG. 1).

La fidelidad a Cristo se prolonga así en fidelidad a la Iglesia, en la que Cristo vive, se hace presente, se acerca a todos los hermanos y se comunica al mundo.

La fidelidad a la Iglesia equivale a aceptarla en toda su integridad carismática e institucional, como

"misterio" o expresión del amor de Dios, que cautiva el corazón de los amigos de Cristo.

14. La Iglesia peregrina está constituida por signos pobres que pueden producir escándalo en los hombres de poca fe; pero para todo buen cristiano y más para vosotros, lo importante es descubrir en ella a Cristo resucitado, que está presente y actúa a través de estos signos eclesiales.

Facetas de la fidelidad a la Iglesia

15. Muchas son las facetas de la fidelidad a la Iglesia: amor filial, responsabilidad misionera, obediencia, sentido de la Iglesia, espíritu de comunidad, servicio a la Iglesia particular como miembros del presbiterio, unidad con el propio obispo y con la totalidad del orden episcopal.

De entre todas ellas voy a detenerme en una que toca a un aspecto muy importante de vuestra formación.

Fidelidad a la palabra de Dios

16. La Iglesia escucha la palabra en toda su integridad y es fiel al entregarla a los hombres en cada circunstancia concreta. También el sacerdote debe ser fiel a la palabra divina que él ha recibido y asimilado previamente. No se trata de una ideología o de

una opinión personal, sino de la *palabra revelada por Dios*, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, asimilada en la contemplación, vivida por los santos, profundizada por los doctores.

El futuro sacerdote necesita, pues, *una sólida formación doctrinal* en las diferentes ramas del saber teológico y filosófico. No insisto, porque estáis convencidos y sé que os empeñáis en adquirirla.

(Hay que estudiar con miras al futuro ministerio. En el momento de enriquecer vuestra mente con unos conocimientos indispensables para saberos orientar vosotros mismos y para ser capaces de guiar a otros).

Modo de transmitir el Evangelio

17. Como ministros de la palabra, en vuestra futura vida sacerdotal, deberéis saber transmitir el Evangelio de forma que penetre a fondo en la inteligencia y en el corazón de vuestros creyentes, y que se encarne en toda cultura y situación humana personal y social.

La fidelidad a la Iglesia entrena para una apertura a toda la verdad. Para ello hay que poner la palabra de Dios, que la Iglesia "escucha religiosamente" (DV. 1), en la base misma del estudio. De este modo os abris armoniosamente a las nuevas luces y gracias que Dios concede a su Iglesia en cada época histórica, para responder a situaciones humanas nuevas (GS exp. preliminar).

Hay que adquirir virtud y ciencia para comunicarla

18. Dedicaos, por eso, con empeño a la tarea de adquirir una preparación doctrinal sólida. Los estudios realizados con profundidad exigen, claro está, sacrificios y dedicación..., tiempo y atención.

El arriesgarlo todo para seguir a Cristo incluye también esta dedicación plena a la formación sacerdotal, especialmente en los años inmediatamente anteriores a la ordenación.

Hay que prepararse para poder iluminar cristianamente las situaciones humanas de hoy, sobre todo en el campo de los derechos humanos fundamentales, de la familia, de la juventud, de los sectores sociológicos y culturales, etc., hasta llegar a impregnar con el Evangelio los centros neurálgicos de nuestra sociedad.

19. Es indispensable procurar que vuestra vida intelectual, vuestra vida litúrgica y espiritual, vayan unidas también con cierta práctica de vida pastoral (OT. 4 y 19-21).

Por esto, junto a los buenos y seguros tratados de teología, habéis de estudiar también los autores clásicos de espiritualidad. Y se hace imprescindible un asesoramiento en las lecturas, para garantizar simultáneamente a la información y formación adecuadas, una coherencia con la fe y con la piedad.

Estas y otras facetas de la fidelidad a la Iglesia os llevará a haceros disponibles para una evangeliza-

ción que no tiene froteras. Vuestra fidelidad misionera se demostrará en el servicio incondicional y generoso, ya desde ahora, en la vida comunitaria del seminario y, más tarde en cualquier cargo que la Iglesia os confíe dentro de la diéresis o al servicio de la misión universal.

Fidelidad, en 3.º lugar, al carisma de la vocación y misión

20. Habéis recibido una gracia o carisma, el de la vocación que os conduce hacia la participación, por el sacramento del orden, en el ser. en el obrar y estilo de vida de Cristo Sacerdote Buen Pastor, para prolongarlo en la Iglesia y en el mundo. Es una participación de su unción y misión sacerdotal y pastoral.

La coherencia vivencial con las exigencias de la propia vocación es faceta imprescindible de la fidelidad. Se trata de ajustar la propia vida al objeto de la opción fundamental asumida.

21. Esto implica llevar un estilo de vida coherente y concorde, que tiene en cuenta las necesidades de nuestros hermanos y de nuestra sociedad, según la misión que cada uno está llamado a desempeñar.

De hecho toda la educación del seminario "debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas" (OT. 4). Es, pues, una formación que tiene una dimensión litúrgica espiritual, intelectual, comunitaria, disciplinaria y de servicios pastorales en la comunidad eclesial.

¿Qué es ser fieles a la vocación?

22. La fidelidad a la vocación es fidelidad a la misión, que debe desempeñarse como participación de la misión de Cristo, recibida por medio de la Iglesia. Por ello, esta fidelidad se funda en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, llevando al candidato al sacerdocio a emprender su intinerario espiritual con un espíritu de gozosa entrega de sí, hecha de optimismo y amor.

Vuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, según el propio carisma y la propia misión, se convierte en la mayor fidelidad al hombre y a la sociedad de nuestros tiempos. Es fidelidad de amistad profunda con Cristo, que se manifiesta por una total disponibilidad pastoral.

El celibato

23. Signo permanente y estímulo de esta entrega incondicional a Cristo y a la misión pastoral es *el celibato asumido libremente antes de la ordenación.* La "sequela Christi" para la "vida apostólica" supone dejarlo todo para seguirle a El y participar, de este modo, en su misión que no tiene fronteras ni en el corazón ni en la acción apostólica. El Buen Pastor fue obediente, casto y pobre (PO. 15-17).

Medios sobrenaturales y naturales para vivirlo

24. Con el Concilio, os recuerdo que habéis de

aprender a poner los medios sobrenaturales y naturales para vivir esa entrega, cuidando especialmente las normas espirituales y ascéticas, que están aprobadas por las experiencias de la Iglesia y que no son menos necesarias en el mundo actual (OT. 8.11; PO. 18).

Así seréis capaces entre otras cosas, de aceptar cualquier ministerio que se os encomiende, sin subordinar vuestra aceptación a la conformidad con las conveniencias o proyectos personales. En efecto, hay que llegar a hacerse disponible para "colaborar en el trabajo pastoral de toda la diócesis e incluso de toda la Iglesia" (LG. 28).

Esta fidelidad, que es coherencia personal, se entiende también como sinceridad y autenticidad.

Dirección espiritual... Confesión frecuente

25. En la propia vida no faltan oscuridades e incluso debilidades. Es el momento de la dirección espiritual personal. Si se habla confiadamente, si se exponen con sencillez las propias luchas interiores, se sale siempre adelante, y no habrá obstáculo ni tentación que logre apartarnos de Cristo.

Puesto que tampoco faltarán pequeñas sombras que enturbien esa imagen de Cristo que habéis de ofrecer con vuestras vidas, sed amantes de la confesión sacramental frecuente, donde se purifican vuestras almas y recibís la gracia necesaria para seguir siendo fieles a Cristo, a la Iglesia y a la vocación sacerdotal.

26. *Una sana amistad y vida comunitaria*, ya desde el Seminario, os preparará para la "íntima fraternidad" o "fraternidad sacramental" que debe reinar en todo presbiterio diocesano (LG. 28; PO. 8), como garantía de perseverancia en la entrega y de fecundidad apostólica.

27. También vuestros hermanos seglares han de hacer presente a Cristo en el mundo. Pero de un modo diverso al de vuestro futuro e insustituible ministerio sacerdotal. Lo que Dios ha puesto en vuestros corazones con su llamada corresponde a una vocación específica, que es la de "obrar como en persona de Cristo Cabeza" (PO. 2) y la de ser, en la Iglesia particular o diócesis, el lazo de unión entre todos los carismas y vocaciones (PO. 9).

Testigos y promotores de vocaciones

28. Tratad de dar testimonio de vuestra fe y de vuestra alegría. Vosotros con vuestro "gozo pascual" (PO. 10), sois los testigos y promotores de las vocaciones sacerdotales entre los adolescentes y los jóvenes de vuestra edad.

Os animo con todas mis fuerzas a que seáis los primeros apóstoles de las vocaciones sacerdotales. Rezad y ayudad a otros para que vengan a vuestro lado. Que vuestro seminario ofrezca el ejemplo atrayente de una comunidad familiar que vive con

gozo la presencia, la palabra y el amor de Cristo resucitado.

29. Elevemos juntos nuestra confiada oración al "señor de la mies" para que, en esta querida tierra de España, siempre tan fecunda en sacerdotes, muchos jóvenes tengan el alma abierta para percibir la llamada amiga de Cristo y para que tengan la disponibilidad de saber decir "sí" con entusiasmo.

Devoción a la Virgen

30. Que esta petición y estos deseos lleguen al cielo por la mediación de Nuestra Señora, cuya tierna devoción estoy seguro alimentáis cada día.

Que la Madre de Jesús, Madre sacerdotal y Reina de los Apóstoles, esté siempre con vosotros, ya desde ahora, en vuestros años de preparación para el ministerio, y os ayude a convertiros en testigos de Cristo para todas las gentes, "como aquellos que salieron del cenáculo de Jerusalén el día de Pentecostes" (*Red. hominis,* 22).

No temáis. Ella os acompañará en vuestro futuro ministerio, como acompañó a los primeros apóstoles con su afecto materno y con su intercesión.

31. Que la *Virgen fiel* os ayude a confirmar vuestros compromisos y a cumplirlos hasta el final, en esta "nueva etapa de la vida de la Iglesia" que "exige

de nosotros una fe particularmente consciente, profunda y responsable" (*Red. hominis,* 6).

En prenda de la constante ayuda divina imparto con profundo afecto a vosotros, los seminaristas de España, a vuestros superiores, profesores y familiares, mi cordial bendición apostólica.

OTROS LIBROS DEL AUTOR
(Editados por el "Apostolado Mariano")

- **DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD bíblico teológico.** Este es un libro que abarca muchos libros a la vez, pues es un arsenal de doctrina por los múltiples asuntos que van en él expuestos, en orden alfabético y de forma ordenada y clara.

  En su conjunto es un libro que comprende innumerables pensamientos bíblicos, patrísticos y filosóficos con diversidad de máximas y todos los temas de teología espiritual.

- **SANTA BIBLIA ilustrada y comentada.** Versión directa de los textos originales hebreo y griego y con amplios comentarios, especialmente en el Génesis y Santos Evangelios. Es una de las Biblias más asequible a todos; a los mayores, por sus comentarios, y a los niños por su método intuitivo.

  Lleva más de 200 láminas de G. Doré, proporcionadas por D. Andrés Codesal Martín, director del Apostolado Mariano de Sevilla. El texto va en letra grande y clara.

- **LA BIBLIA MAS BELLA.** Por sus muchos grabados a todo color, resulta la mejor para los niños.

  EL CATECISMO MAS BELLO. Primera Comunión y Confirmación.

- **PEDRO, PRIMER PAPA. De Pedro a Juan Pablo II.** Incluye la lista de todos los Papas.

- **JESUS DE NAZARET.** Es su vida muy atractiva e ilustrada. Destinada especialmente a los obreros.

- **NO PIERDAS A LA JUVENTUD.** Carta a ellas y a ellos. Muy interesante para los jóvenes.

- **VAMOS DE CAMINO.** La vida presente, el tiempo, la eternidad.

- **HEBREO BIBLICO Y MODERNO.** Es una gramática con ejercicios prácticos para principiantes.
- **CATECISMO CONCILIAR.** Diez documentos del Vaticano II expuestos en ocho folletos con gran claridad.
- **EL MATRIMONIO.** (Preparación para el mismo), y al final va el discurso de Juan Pablo II a las familias cristianas.
- **¿SERE SACERDOTE?** (Niños y jóvenes haceos esta pregunta).
- **MISIONES POPULARES.** (Las verdades eternas).
- **LOS TESTIGOS DE JEHOVA.** (Su doctrina y sus errores. Otras sectas)...

- **Pedidos:** Apostolado Mariano, Recaredo, 34. SEVILLA - 3